Aquel mismo día, al anochecer, en la calma del desierto, dos monjes de Mesopotamia, enviados por los obispos sirios al concilio, caminaban. Con fatiga habían escapado á los guardias de palacio, y dichosos ahora, se dirigían hacia Rávena, para embarcarse lo más pronto posible en el barco que debía conducirles al desierto.

La fatiga y la tristeza se leía en sus semblantes. Efraín, uno de los dos, era un anciano; el otro Pimeno, adolescente.

Efraín, dijo á Pimeno:

—Ya es hora de volver al desierto, hermano. Es mejor oir los aullidos del chacal y del león que lo que hemos oído en el palacio imperial. Dichosos los qne se esconden en el desierto, donde no llegan las discusiones de los Maestros de la Iglesia. Dichosos los que han comprendido la inutilidad de las palabras; dichosos aquellos que no discuten.

Dichoso aquel que no trata de comprender los misterios de Dios, pero canta en tu faz, Señor, como un harpa. Dichoso aquel que ha comprendido cuan dificil es saberte, y cuan dulce amarte, Señor.

Efraín calló, y Pimeno murmuró: «Amen».

El gran silencio de la noche los envolvió, y valerosamente, sirviendoles de guías las estrellas, los frailes se dirigieron hacia Oriente, alegres por la tranquilidad imponente del desierto.

XVI

Una mañana esplendorosa, en la ciudad de Mediolan, acudía una multitud inmensa de todas las calles á la plaza pública.

Las aclamaciones resonaban y en el carro triunfal, tirado por veinte caballos blancos como cisnes, aparecía el Emperador. Se encontraba tan alto que los que querían verle tenían que levantar la cabeza. Sus vestidos cubiertos de piedras preciosas, tomaban reflejos deslumbrantes por la acción de los rayos del sol. En la mano derecha llevaba el cetro y en la izquierda el globo imperial rematado con una cruz.

Inmóvil como una estátua, exageradamente untado de pomadas, miraba delante de sí, sin volver la cabeza, como si hubiese estado preso dentro de un ataúd. Durante todo el trayecto, apesar del traqueteo constante del carro, el Emperador no hizo ningún movimiento, ni meneó un dedo, ni tosió y ni siquiera cerró sus grandes ojos abiertos.

Constancio había adquirido esta inmovilidad merced á muchos años de esfuerzo, y la consideraba como un atributo indispensable de la etiqueta imperial. En tales instantes hubiera preferido ir al suplicio antes que enjugar el sudor que corría por su frente, estornudar ó toser.

De pequeña estatura y con las piernas torcidas, imaginaba ser un gigante. Cuando el carro penetró por debajo del Arco de Triunfo, no lejos de las termas de Maximiliano Hércules, el Emperador bajó la cabeza como si hubiese temido tropezar, cuando hubiese podido pasar libremente un cíclope.

A los dos lados de la comitiva iban los paladines con cascos y corazas de oro, y dos filas de guardias de honor que parecían dos líneas de fuego.

Alrededor del carro imperial se extendían largos estandartes en forma de dragones. El manto de púrpura henchido por el viento, penetraba en las gargantas abiertas de los mónstruos dando un sonido parecido á los silbidos furiosos de las serpientes, y las largas colas purpuradas de los dragones se agitaban en el espacio.

En la plaza estaban reunidas todas las legiones pertenecientes á Mediolan.

Una aclamación inmensa acogió al Emperador.

Constancio estaba satisfecho; la ovación no había sido ni muy fuerte ni muy débil, combinada de antemano con la más severa exactitud. Se enseñaba á los soldados y á los ciudadanos á esputar su entusiasmo moderada y respetuosamente.

El Emperador comunicando á cada uno de sus

pasos y movimientos una enfática y pedante solemnidad, descendió de su carro y subió á la tribuna elevada sobre la plaza y enteramente adornada de victoriosos trofeos, de estandartes y de aguilas metálicas.

Nuevamente sonaron las trompas, señal guerrera dada para expresar que el jefe deseaba hablar al ejército, y reinó el silencio en la plaza.

—*¡Optimi reipublicae defensores!*—empezó diciendo Constancio. (¡Admirables defensores de la Repúplica!)

Su discurso era enfático y lleno de escolásticas figuras de retórica.

Juliano, vestido de gran gala, dirigió sus pasos hacia la tribuna y el fracticida revistió al último descendiente de Constancio la púrpura sagrada de los Césares.

A través de la seda se filtraron ligeramente los rayos del sol, en el momento en que el Emperador alzaba la púrpura para investir á Juliano que estaba arrodillado. El reflejo sanguíneo dió en el rostro lívido del nuevo césar, que murmuró mentalmente los versos de la *Iliada*, profética:

Los ojos cerrados por la muerte purpúrea y la poderosa Moira.

Entre tanto Constancio lo recibía:

Recepiste, primaevus, poriginis tuae splendidum floren amatissime mihi omnium frater.

(Aún joven has recibido ya la floración de tu nacimiento real, el más amado de entre todos mis hermanos.)

Entonces por medio de todas las legiones corrió un grito entusiástico. Constancio se asombró ligeramente; este grito rebasaba la medida establecida por la etiqueta. Juliano había sido simpático á los soldados.

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!—gritaban lo más fuerte posible, sin querer callar.

El nuevo César daba las gracias á los legionarios con una amable sonrisa y cada uno de ellos hacía chocar su broquel contra la rodilla en señal de alegría.

A Juliano le parecía que no era la voluntad del Emperador, sino la de los dioses, quien le había elevado á aquella eminencia.

. . . . . .

Todas las noches Constancio tenía la costumbre de dedicar un cuarto de hora á la limpieza de sus uñas. Esta era la única menudencia que se permitía, pues era más bien grosero que afeminado en sus costumbres.

Cortando sus uñas con pequeñas limas, las limpiaba después con diminutos cepillos; aquella noche estaba alegre y llamó á su eunuco favorito el gran chambelan Eusebio:

—¿Crees tú que Juliano vencerá pronto á los galos?

—Yo creo,—respondió Eusebio,—que muy pronto recibiremos la noticia de su derrota y muerte.

—¡Verdaderamente... esto me apena mucho!... Pero yo he hecho todo lo que ha dependido de mí... No podrá acusar á nadie más que á sí mismo...

Constancio sonrió y bajando la cabeza admiró sus uñas.

—Tú has vencido á Máximo,—murmuró el eunuco.—Tú has vencido á Vetrion, Constante, Galo. Tú vencerás á Juliano. Entonces no habrá más que un pastor, un rebaño!... ¡Dios y tú!

—Sí, sí. Pero además de Juliano está Atanasio. No estaré tranquilo hasta que vivo ó muerto caiga entre nuestras manos.

—Juliano es más terrible que Atanasio y tú lo has revestido hoy de la púrpura de la muerte. ¡Oh Sabiduría de la Providencia divina! por vías inescrutables derriba á todos los enemigos de tu Eternidad. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo ahora y en la noche de los siglos.

—Amén,—concluyó el emperador acabando de limpiar las uñas y tirando el último cepillo.

Se aproximó á la antigua bañera de Constantino se lavó, entró en su alcoba, se arrodilló, contemplando el monograma de Cristo, que brillaba á la luz de la lámpara inextinguible, y empezó su oración. Se dirigió á Dios con una fe imperturbable, como el que jamás duda de su virtud.

A los tres cuartos transcurridos y acabada la oración, Constancio se levantó, con el corazón aligerado. Los eunucos le vistieron y se estendió sobre el lecho imperial, sostenido por dos querubines de plata maciza con las alas extendidas.

Y el Emperador se durmió con la sonrisa en los labios, del mismo modo que se duermen los ángeles.